

Ricardo Guadalupe

PALABRAS LITERARIAS

editorial octaedro

palabra.

(Del lat. *parabōla*.)

1. f. Sonido o conjunto de sonidos, o su representación por medio de letras, que forman una unidad de significado.
2. f. Capacidad de una persona de expresar su pensamiento con esas unidades.
3. f. Facultad de hablar.
4. f. Aptitud oratoria.
5. f. Compromiso o promesa que una persona hace para cumplir algo.
6. f. Derecho o turno para hablar en reuniones.
7. f. Afirmación o exposición de un asunto que hace una persona.
8. f. En la religión cristiana, Jesucristo.

«Antes de emplear una palabra hermosa, hazle un sitio.»

J. JOUBERT

Índice

PRÓLOGOS	13
El escritor y las palabras	13
El valor de las palabras	16
PREFACIO	19
ACRÓSTICOS	Los poemas sopa de letras 21
ALITERACIÓN	El sonido de la repetición 23
BINOMIO FANTÁSTICO	Las palabras inspiradoras 25
CALAMBUR	Las palabras escondidas en la entonación 27
CALIGRAMA	Las palabras dibujadas 29
CATÁFORA	Las palabras con suspense 32
ELIPSIS	Las palabras que no están 34
EPIFANÍA LITERARIA	Las palabras reveladoras 36
EPIGRAMA	Las palabras con aguijón 38
EPITHETUM CONSTANS	El epíteto más intrínseco 40
EPÓNIMO	La evolución de los nombres propios 42
GREGUERÍAS	Las palabras con sonrisa 44
HETERÓNIMO	Nuestro otro yo 46
HIPÁLAGE	Las palabras infieles que unen 48
HIPÉRBATON	Las palabras desordenadas 50
HIPÉRBOLE	Las palabras exageradas 52

HIPÓNIMOS	Las palabras de lo concreto	55
JITANJÁFORAS	La música de las palabras	57
LIPOGRAMAS	Las letras robadas	59
LÍTOTES	Las palabras políticamente correctas	61
METÁFORA	La palabra más literaria	63
NEOLOGISMOS	Las palabras nuevas	66
OXÍMORON	La alianza de las palabras contrarias	68
PALÍNDROMOS	Las palabras capicúa	70
PARADOJA	La lógica de la contradicción	72
PLEONASMO	Las palabras redundantes	74
POLISÍNDETON	Las palabras encadenadas	76
PROSOPOPEYA	Las palabras no humanas	78
QUIASMO	Las palabras en equis	80
RETRUÉCANO	Las palabras de ida y vuelta	82
SILEPSIS	El doble sentido de las palabras	84
SILOGISMOS	Las palabras lógicas	86
SINÉCDOQUE	El juego de los conjuntos	88
SINESTESIA	¿A qué saben las palabras?	90

PRÓLOGOS

El escritor y las palabras

No hay medida en el tiempo: no sirve un año, y diez años no son nada; ser artista quiere decir no calcular ni contar: madurar como el árbol que no apremia a su savia y se yergue confiado en las tormentas de primavera, sin miedo a que detrás pudiera no venir el verano.

RAINER MARIA RILKE, *Cartas a un joven poeta*

El escritor se hace. Se construye despacio, con palabras. Se extiende por dentro y por fuera, letra a letra, mientras habita un tiempo elástico que él mismo llega a ser capaz de transformar, de recrear, de moldear a base de mucho trabajo y bastante intuición. El escritor escribe y se vuelve, por dentro, un complejísimo laberinto lleno de bifurcaciones, calles de doble sentido y extraños recodos que habitan ecos, susurros, voces que se despeñan por los acantilados. Y es que hacen falta muchos caminos —y muchos laberintos— para que los recorran tantas palabras.

Y así, a base de escribir, el escritor va un día y se da cuenta de que es lo que escribe. Exactamente eso. Como quería Sartre: «Sustituir los ruidos de mi vida por inscripciones imborrables, mi carne por un estilo, las blandas espirales del tiempo por la eternidad. [...] Yo: veinticinco tomos, dieciocho mil páginas de texto».

Y además se da cuenta de que no quiere ser otra cosa. Se hace consciente de hasta qué punto es cierto que todo él está hecho de lo que escribe: su cuerpo entero, su inteligencia y su memoria, sus ganas de aprender, su sensibilidad y su energía;

todo podría barrerlo el viento, todo lo barrería sin las palabras. Comprenderlo deslumbra y a la vez da bastante vértigo. Porque desde ese instante, la misma vida depende de estar escribiendo: solo así puede no morir el escritor.

Hace bastantes años, cuando no había estudios serios ni escuelas especializadas, los escritores se leían unos a otros, observaban lo que hacían los que consideraban sus maestros y aprendían así. Es una suerte, por eso, que ahora sea posible acceder a libros, a análisis bien fundamentados y ejemplificados, como este que acabas de empezar a leer. Y es que hace falta un tiempo de aprendizaje, de maduración, para ir venciendo resistencias y dejar que las técnicas y los recursos se asimilen a fondo, despacio, en nuestro interior. Para que lleguen a ser parte de nosotros y para que esos conocimientos den sus frutos. Como en cualquier actividad, en la escritura es necesario perder mucha inocencia para ganar a cambio mucha sabiduría: para ver mucho más a fondo.

También es necesario que recordemos que para dar a luz una obra de arte es necesario un largo silencio. «Silencio. La tierra va a alumbrar un árbol», dijo Vicente Huidobro. Resulta imprescindible un proceso pausado de crecimiento íntimo, de búsqueda hacia dentro; igual que las raíces de los árboles se extienden hacia el centro de la tierra y aspiran así al roce de algo eterno y grandioso.

Y es que para escribir hay que aceptar una soledad enorme. Las grandes obras surgen de ahí: son el resultado de un proceso de crecimiento largo y hondo y terminan brotando cuando el escritor es capaz de expresar su propia complejidad interior, cuando encuentra su propio camino en ese laberinto lleno de brumas misteriosas y belleza terrible, cuando entra en esa soledad única, de la que surgirá el milagro en el instante en que llegue el momento y para la que debe prepararse.

Por eso es tan importante el sencillo acto de abrir este libro que tienes entre las manos. Porque son muchas las personas

que empiezan así: aproximándose a la escritura con la ayuda de un libro, de unas explicaciones teóricas, tan necesarias, del conocimiento de técnicas y recursos de escritura, de la práctica de unos ejercicios que contribuyen a ir ejercitando la creatividad y el dominio de la palabra. Yo he visto comenzar de esta manera a muchos alumnos en mis catorce años como profesora de escritura literaria. Y les he visto apuntarse a escuelas de escritores e ir enganchándose así a la escritura, ir adquiriendo destrezas que poco antes ni imaginaban, y luego apasionarse con el oficio. Sin ir más lejos, eso es lo que he visto, desde hace algunos años, en el autor de este libro: Ricardo Guadalupe. Así es como me parece que ha ido creciendo, sin perder el norte, paso a paso y hacia delante siempre; y así también he visto ir avanzando su confianza en la escritura como camino e ir aceptando ese «ser lo que se escribe», esa apuesta por la literatura, con valentía y tenacidad. Este libro, por todo ello, seguro que te va a resultar útil, interesante, ameno y muy enriquecedor.

Por eso te recomiendo que lo disfrutes: que le dediques el tiempo necesario y lo aproveches bien, ya que puede ser, si quieres, un escalón muy importante en tu proceso personal de crecimiento. Y también que no olvides que ese verano del que hablaba Rilke en la cita del principio «viene solo para los pacientes, que están ahí como si tuvieran por delante la eternidad, de tan despreocupadamente tranquilos y abiertos».

ÁNGELES LORENZO VIME

El valor de las palabras

La lengua es un enorme vivero de significaciones con una gran capacidad para renovarse y sustantivar las ideas y conceptos que aparecen en los dominios del lenguaje diario. Gracias a este constante proceso de creación y transformación, los espacios que conforman la expresión hablada y escrita se robustecen con la savia de palabras vivas que nos permiten comunicarnos con mayor propiedad.

Pero a la vez que se renueva, la lengua afianza todo aquello que le sirve bien y con el tiempo deja en el camino lo que considera ocioso porque entiende que lo superfluo llena el lenguaje de impurezas. Pese a ello, los hablantes nos aferramos con frecuencia a determinadas modas que poco o nada aportan al buen uso del lenguaje, modas que las más de las veces languidecen por sí solas tras pasar por el filtro de la lengua.

Con las palabras damos forma a nuestros pensamientos, por lo que la claridad de la expresión debería ser el precepto dominante del lenguaje, cuyo cuidado es responsabilidad de quienes lo usamos y, de manera especial, de aquellos que lo emplean como herramienta de trabajo, tal vez porque son los que descubren y se deleitan con sus frutos secretos. Quienes son capaces de entender las raíces ocultas de las palabras, más allá de sus formas visibles, son conscientes de que quien cuida el lenguaje cuida la razón y de que las palabras están impregnadas de una magia que nos permite leer lo pasado y lo futuro.

Ricardo Guadalupe ha sabido entenderlo así. Pertrechado con ese bagaje y guiado por el afán del estudioso, se ha sumergido en ese mundo tan singular en el que las palabras se visten con nombres que a los profanos nos parecen extraños —e, incluso a veces, caprichosos— y nos muestra cómo hay palabras que ríen, que tienen música, que están aunque no lo parezca, que inspiran, que guardan letras robadas, que son capicúas,

que van y vienen, que se expresan con doble sentido, que no son humanas, que tienen aguijón, que son exageradas, que tienen sabor o que se encadenan.

Este mundo tan especial, en apariencia insólito, es el que Ricardo Guadalupe nos descubre en *Palabras literarias*, una obra original que nos desvela cómo son y cómo actúan las figuras retóricas, estilísticas y gramaticales no solo en el universo literario sino también en el acontecer de cada día.

Para quienes se adentran en el mundo de la escritura creativa, para quienes quieren conocer los recursos del estilo, para el estudiante, para el especialista o, sencillamente, para quienes sienten curiosidad por las etimologías, esta obra es una magnífica exposición que, apoyada en expresiones del habla cotidiana y en textos de autores como Fernando de Rojas, Jorge Manrique, Gustavo Adolfo Bécquer, Benito Pérez Galdós, Gabriel García Márquez, Franz Kafka o Jerome David Salinger, por citar solo algunos, nos muestra el valor de las palabras con un encomiable sentido lúdico sin que pierda por ello un ápice de rigurosidad.

FRANCISCO MUÑOZ GUERRERO

PREFACIO

Decía Joubert: «Antes de emplear una palabra hermosa, hazle un sitio». Y así es; toda palabra, con más motivo si es hermosa, necesita de su contexto, su preparación, su sitio. De esa manera, estaremos dando más realce y sentido a esa palabra, porque habremos cuidado la comunicación y facilitado que la otra persona reciba la belleza de esa palabra.

A ese fin se han dedicado los escritores a lo largo de toda la historia de la literatura, a traducir el pensamiento en expresiones que fueran capaces de tocarnos, incluso de cambiar la química de nuestros cuerpos. Para ello crearon cada vez más recursos y técnicas del lenguaje con que construir esas frases, muchas de las cuales están en la memoria colectiva de todos nosotros, y para siempre.

Sinestesias como: «Verde que te quiero verde. Verde viento», de Lorca; hipérbolos como: «Cien años de soledad», de García Márquez; paradojas como: «Vivo sin vivir en mí», de Teresa de Jesús, y así un largo etcétera. Estos y otros ejemplos están recogidos en este libro, porque hablar de los recursos literarios lleva a hablar, como os podéis imaginar, de los autores que los han empleado, lo cual lleva a su vez, de modo ineludible, a detenerse en diferentes momentos o tendencias de la historia de la literatura.

Pero no os asustéis, este libro no tiene vocación de ser un compendio infumable de teoría. Por eso, al mismo tiempo que he incluido algunas referencias al Simbolismo, al grupo Oulipo o a otras corrientes literarias, también he incluido usos coloquiales y del día a día. Así, de paso conocemos qué recurso estamos empleando cuando decimos cosas como: «Esta camisa es *más bien* cara» o «*Sube arriba*» o «He entrado con el coche en un *cuello de botella*».

Puede que a estas alturas os estéis preguntando qué tiene que ver con todo esto la imagen de la portada. La respuesta no es única. Pero sí he de decir que sobre todo me evoca las palabras del escritor Lobo Antunes, cuando afirmó que «la imaginación no es más que la memoria fermentada». Es cierto, el sustrato último del escritor es la memoria.

Y para los escritores, o al menos para los que se están iniciando en la escritura creativa, también está pensado este libro. Ellos encontrarán en estas páginas herramientas útiles para conferir a sus textos un estilo literario.

Otros de los que no me he olvidado es de aquellos lingüistas o curiosos que gusten de saber el origen de las palabras, puesto que prácticamente cada una de «las palabras literarias» viene con su apartado de etimología. Esto último, recuerdo, era algo que siempre me pedía Nieves Martín, la directora de «El Planeta de los Libros».

Fue en ese programa de la Radio del Círculo de Bellas Artes de Madrid donde estuve colaborando semanalmente durante un año y para el que preparé los contenidos que ahora recojo en este libro. Allí los decía a viva voz, aquí he querido que estén escritos.

Por último, aprovecho para animaros a practicar los recursos literarios con las diferentes propuestas de participación que he incluido. Ahí tenéis vuestro turno para intervenir y para completar este diálogo que, de alguna manera, acaba de iniciarse entre nosotros. Sin más, pasemos a conocer mejor esos sitios de los que hablaba al principio, los sitios que habitan las palabras literarias.

ACRÓSTICOS

Los poemas sopa de letras

Sabemos cómo normalmente se escribe un poema: con un verso debajo de otro; pero lo que no sabe todo el mundo es que a veces se puede leer no sólo en horizontal, sino al mismo tiempo en vertical, e incluso en diagonal. En esas ocasiones estamos ante un acróstico, que es la palabra de la que vamos a hablar.

Alondras cantan, y ya
Un ansia de amanecer
Remece la noche y da
Oro y plata y rosicler.
Respóndeme, ¿quién será?
Aurora, quién ha de ser.

ALFONSO REYES

El término *acróstico* viene originariamente del griego, de los términos *akros*, que significaba ‘extremo’ y *stiches*, que es ‘verso’. Con ellos obtenemos la expresión «verso extremo». Y es que en el acróstico suele leerse en vertical un verso formado por las letras del extremo izquierdo o derecho del poema.

Pero en los acrósticos no sólo podemos encontrar lecturas adicionales en los extremos, sino que también las letras intermedias tienen la posibilidad de formar una palabra o frase, sea en vertical o en diagonal; de tal modo que encontrar esas palabras adicionales en un acróstico es como encontrarlas en una sopa de letras.

Este carácter cifrado del acróstico ha llevado a que uno de sus usos haya sido transmitir mensajes secretos. Aunque eso sí, en la mayoría de los acrósticos la palabra o frase oculta tiene como motivo principal resumir el sentido del poema en el que está incluida.

El acróstico más famoso de la literatura española está en el prólogo de *La Celestina*. Ahí, leyendo las letras iniciales de los versos, aparece de arriba abajo la frase «El bachiller Fernando de Rojas acabó la Comedia de Calisto y Melibea y fue nacido en La Puebla de Montalbán». En este caso, el fin del acróstico es el de firmar la obra y evitar que otros autores se apropien de ella.

El hecho es que desde la Antigua Grecia, pasando por la poesía mural del siglo XVII, o por la llamada poesía visual, que tuvo gran auge a principios del XX, ha habido muchos ejemplos de acrósticos. Me viene a la memoria un poema de amor de Jorge Manrique, el poeta medieval español más importante, en el que al inicio de los versos de cada estrofa se repiten las mismas letras, unas letras que componen el nombre de su mujer, doña Guiomar.

Ahora os voy a escribir un acróstico de un poeta de nuestros días, el uruguayo Héctor Rosales. Estad bien atentos a la primera letra de cada verso. El poema dice así:

Límite impreso larva del símbolo ilimitado,
en ti el sonido del alma queda blindado;
trinchera en el papel de la emoción escrita,
recluta en tus hilos de tinta esta breve cita
antes que la olvide y antes que sea olvidado.

Las iniciales de los versos han sido **l, e, t, r y a**. Y la palabra resultante es *letra*, que es a la que se está dirigiendo en todo momento.

.....
Ya hemos visto cómo se hace un acróstico, y es el turno de que lo intentemos nosotros. Probad también con la palabra «letra», o si os inspira más, probad a escribir un acróstico con vuestro propio nombre. La manera más sencilla: colocando cada letra del nombre al principio de cada verso. De todos modos, elegid vosotros lo atravesado que queráis que aparezca vuestro nombre.

ALITERACIÓN

El sonido de la repetición

Empezaré por llamar la atención sobre la palabra latina *littera*, que significa ‘letra’, y de la que se han derivado palabras como *literatura* y como *aliteración*, que es la palabra protagonista esta vez.

Una palabra, la aliteración, con la que llamamos al efecto sonoro que produce la repetición manifiesta de sonidos idénticos o muy parecidos en una frase al pronunciarla. Se utiliza a modo de banda sonora que acompaña a lo que se quiere decir a lo largo de toda la frase. Una repetición intencionada de sonidos que refuerza la percepción de la frase por el sentido del oído.

Ejemplos de aliteraciones hemos escuchado desde niños. Todos recordamos el texto: «El **p**erro de San **R**oque no tiene **r**abo porque **R**amón **R**odríguez se lo ha **c**ortado». Pues bien, tanta repetición del sonido erre compone, en este caso, una aliteración útil para que aprendiéramos a pronunciar ese sonido.

También las empresas han considerado útiles las aliteraciones a la hora de crear sus marcas comerciales. Por ejemplo, la repetición de sonidos iguales o semejantes en la marca «Coca-Cola» seguro que la hizo desde el principio más fácil de recordar. No en vano, numerosas reglas nemotécnicas se construyen con repeticiones.

La aliteración tiene asimismo otro uso que, en cambio, no tiene mayor trascendencia que la ociosa. Me estoy refiriendo al trabalenguas. Un ejemplo de este tipo de aliteración sería: «**D**onde **d**igo **d**igo no **d**igo **d**igo, sino que **d**igo **D**iego».

En cuanto a la presencia de la aliteración en la literatura, ésta se remonta a la poesía épica germánica primitiva, que, a falta de las reglas métricas modernas, conseguía el ritmo a través de potentes repeticiones.

Literariamente, la aliteración ha destacado además al conseguir representar realidades concretas con el significado y con el sonido de la misma frase al mismo tiempo. La aliteración hace posible oír la lluvia que se describe o escuchar el aullido que se relata.

Ahora, quién mejor que Gustavo Adolfo Bécquer para demostrarnos lo dicho. En cuatro versos veremos la relación entre lo que se dice y el sonido repetido erre:

Nubes de tempestad que **rompe** el **rayo**
y en fuego **ornáis** las des**pre**ndidas **or**las,
arrebatado **entre** la niebla oscura,
¡llevadme con vosot**ras**!

El sonido erre es el ruido de la tempestad de la que se habla. Aquí Bécquer, como autor cumbre de la literatura española del Romanticismo muestra la naturaleza en un estado que refleja los propios sentimientos del escritor.

Esto también lo podemos apreciar en un fragmento de su prosa; porque Bécquer también escribió prosa, y muy buena. Valga este ejemplo, en el que notaréis la repetición de eses y enes:

Porque ahora **sólo** recuerdo **cosas desasidas** y **sin sentido**,
como **esas notas sueltas** de **una música lejana** que trae el
viento a intervalos en ráfagas sonoras.

Tales eses y enes no son otra cosa que el sonido de ese viento de ráfagas sonoras.

.....
Tras estas aliteraciones llega la propuesta de participación. Se trata de que hagamos una aliteración, pero jugando. Vamos a aprovechar el doble sentido de las palabras para repetir las en una misma frase y así crear una aliteración. Un ejemplo sería decir que «Rebeca trajo su rebeca y yo traje mi traje».

BINOMIO FANTÁSTICO

Las palabras inspiradoras

Veamos una faceta diferente de la palabra, porque resulta que la palabra en sí misma puede ser un auténtico disparador de la creación. Hay que tener en cuenta que a los escritores no siempre les llegan las ideas con facilidad. Y es entonces cuando entran en juego las técnicas de inspiración, como la llamada «binomio fantástico», de la que vamos a hablar ahora porque abre las puertas de la imaginación con las palabras, concretamente con dos palabras.

Por eso se llama así esta técnica, porque binomio viene del latín *binomium*, que significa 'de dos partes'. De hecho, la definición de binomio dice que es un conjunto de dos personalidades o elementos que funcionan como un todo. Y tenemos como ejemplos desde el binomio de Newton, hasta el binomio cómico Lauren y Hardy, o el binomio literario Don Quijote y Sancho Panza.

En cuanto al binomio fantástico, las dos palabras que lo formarían son elegidas al azar, por ejemplo al abrir un diccionario, y siempre que no tengan nada que ver entre sí. Este sería el caso de *pingüino* y *almohada*, o *tinta* y *trapezio*. Luego se trata de intentar vincularlas de algún modo y crear una historia que las contenga. Cuanto más dispares sean, más tendremos que estimular nuestra fantasía y más insólita será la historia. Quién sabe si *reloj* y *conejo* fueron las dos palabras punto de partida de la genial obra de Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*.

El método del binomio fantástico se le ocurrió a un escritor de literatura infantil, el italiano Gianni Rodari, que además era maestro. Fue en su libro *Gramática de la fantasía*, de 1973, donde se enuncia por primera vez el binomio fantástico. En él nos aconseja, para facilitar la invención de la historia, probar

a unir las dos palabras con diferentes preposiciones hasta que una de las uniones nos resulte sugestiva. Por ejemplo, puede que «pingüino *sin* almohada» no nos diga nada, pero «pingüino *con* almohada» puede dar lugar a una narración sorprendente.

Hay un ejemplo muy ilustre: *La metamorfosis*, de Kafka. No digo que se creara así, pero podría perfectamente haber surgido de unir las palabras *hombre* y *cucaracha*.

Y derivado de este método, el mismo Gianni Rodari planteó otro que consiste en unir un sujeto y un predicado elegidos al azar. Si unimos el sujeto «península Ibérica» y el predicado «navegar por el océano», pues tenemos *La balsa de piedra*, la novela de José Saramago donde la península Ibérica se separa del continente y navega a la deriva por el océano.

.....
Bien, ya sólo nos queda la propuesta de participación, y habiendo hablado del binomio fantástico, voy a proponer dos palabras que espero nos sirvan de inspiración para escribir una pequeña historia que las incluya. Las palabras son *caja* y *beso*.

CALAMBUR

Las palabras escondidas en la entonación

Vamos a retomar la parte lúdica del lenguaje. Hay una palabra que nos propone jugar con el sonido de las palabras para descubrir otras que están ocultas. Esa palabra es el calambur que, dicho de una forma más técnica, consiste en dotar de una segunda lectura a las palabras a partir de disponer la cadena de sílabas de las palabras de manera que pueda articularse de más de un modo.

Los ejemplos más claros de calambur los encontramos en los enunciados de adivinanzas tan populares como: «Oro parece, plata no es. ¿Qué es?», o «Blanca por dentro, verde por fuera; si quieres que te lo diga, espera», donde, juntando o separando sílabas de palabras contenidas en los enunciados, descubrimos las soluciones plátano y pera, respectivamente.

El mismo método siguen algunos chistes. Es el calambur el que consigue hacernos sonreír cuando alguien dice en alto el nombre «Lola Mento», porque, como el propio nombre indica, sería lamentable llamarse así.

Tiene muchas utilidades el calambur. Hay marcas comerciales que lo utilizan en sus eslóganes para reforzar el mensaje. Si yo digo: «Cámbiate a Lipton», la marca de té, ya sólo con la palabra *cám-bia-te* estoy sugiriendo que se cambie de té.

¿Y qué me decís de esa otra utilidad, un tanto peculiar pero práctica, para aprender a pronunciar palabras? Me explico: Por calambur pronunciamos perfectamente «edificio», que es 'edificio' en catalán, simplemente juntando las sílabas «es difícil» y empleando el acento andaluz. Si probáis veréis que no /edifísi/.

En cuanto al uso literario del calambur, resulta bastante ingenioso. Además, con pocas palabras se da a entender más de un significado. Por ejemplo, Benito Pérez Galdós escribió el ca-

lambur «¿Conque dice que es conde? Querrá decir que esconde algo». Aquí el escritor nos ha revelado el calambur, lo que, como hemos visto, ha provocado una repetición de sonidos.

Ahora un ejemplo de calambur que me gusta mucho. El poeta español Ángel González, de la generación del '50, escribió en un verso: «Dore mi sol así las olas» en el que, si nos fijamos, está al mismo tiempo cantando las notas musicales do-re-mi-sol-la-sí-la-sol-la.

Otro ejemplo; éste del relato de J. D. Salinger: *Un día perfecto para el pez plátano*. En la versión original, en inglés, el autor, para caracterizar a una niña, que como sabemos tienen gran facilidad para jugar con las palabras, lo primero que pone en su boca es un calambur. La niña en vez de decir el nombre Seymour Glass, dice «See more glass», que significa 'ver más vidrio'.

.....
Por último propongo que recordemos esos calambures que involuntariamente hemos hecho alguna vez escuchando una canción (en las canciones no se respetan escrupulosamente las pausas entre sílabas). Por ejemplo, en una canción de Silvio Rodríguez, yo siempre entendí «blancura, delirio» cuando en realidad decía «blancura de lirio». Espero no ser el único a quien le ocurre esto.
